

EL ECUMENISMO DE JUAN XXIII*

Elegido papa a la edad de 77 años, en un momento de la vida en el que lo más lícito parece que sea aspirar a un reposo, por otra parte merecido, más que a la asunción de responsabilidades como las relacionadas con el papado, rodeado de expectativas modestas de los que veían en su gobierno una especie de «pausa de reflexión» en la Iglesia, un tomarse tiempo ante las apremiantes cuestiones del mundo, Juan XXIII, en el siglo Angelo Giuseppe Roncalli, fue el artífice inesperado de aquel cambio que se pedía desde hacía tiempo y por parte de muchos, el impulsor de aquel «cambio epocal» que significó el Concilio ecuménico Vaticano II.

Nacido en *Sotto il Monte*, en la provincia de Bérgamo, en 1881, fue el cuarto de trece, entre hermanos y hermanas. Nada en su ambiente de pobres labradores hacía presagiar un futuro tan luminoso. Pero el ingenio de este muchacho se hizo pronto evidente, junto a un profundo sentido religioso, rasgo de una santidad familiar, sumisa pero sólida. De *Sotto il Monte* a Bérgamo, como secretario de su obispo Radini Tedeschi, después a Roma como presidente para Italia de la Obra pontificia de la Propagación de la Fe, después nuncio en Bulgaria, durante diez años, en Estambul y en Grecia, por fin en París; tenía ya 72 años cuando fue llamado a desempe-

* Traducción del original en italiano y aportación de notas del Prof. Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho, UPSA.

ñar el oficio de Patriarca de Venecia, que ejerció hasta que el 28 de octubre de 1958 fue llamado al Solio Pontificio.

Recorriendo brevemente las etapas de su experiencia personal, salta a la vista enseguida que gran parte de su experiencia de pastor fue desempeñada en contacto con experiencias religiosas diversas, fuera del ambiente un poco cerrado y provincial de la Italia de la época, empeñado casi exclusivamente en combatir la batalla antimodernista, en la cual los fermentos sociales, que incluso habiendo atraído la atención de la Iglesia hasta inspirar las grandes encíclicas sociales, de la *Rerum Novarum* de León XXIII a la *Quadragesimo Anno* de Pío XI, de 1931, habían sido, de algún modo, detenidos por el surgimiento del régimen fascista.

Los años en los que Angelo Giuseppe Roncalli vivió en contacto con la Ortodoxia, determinaron en él aquel cambio de punto de vista que le llevará al deseo de la unidad, al amor por la unidad, que se transparenta con claridad en todos sus escritos y de modo particular en el discurso de convocación del Concilio ecuménico Vaticano II, así como en los sucesivos pronunciamientos del papa a lo largo de la primera sesión de 1962.

No se comprende el ecumenismo, no se experimenta hasta lo profundo el dolor por la laceración de la unidad de la Iglesia de Cristo, si no se comprueba en la propia experiencia el dolor de una comunión que no puede ser perfecta jurídicamente, pero que se siente profundamente verdadera, en la relación con los otros, con los hermanos separados. Cuando nos conocemos y nos reconocemos en el otro, aun en las diferencias teológicas y eclesiales, el mismo amor, la misma fe la misma pasión por Cristo y por su Iglesia, solo entonces se experimenta en la propia alma hasta que punto es innatural, injusta y dolorosa esta herida en el Cuerpo de Cristo. Y esto lo probó en primera persona Angelo Giuseppe Roncalli en los años de misión en Bulgaria, en Turquía y en Grecia, allí donde en medio de mil dificultades, consiguió establecer lazos de verdadera amistad en Cristo.

Eran aquellos tiempos en los que comenzaba a progresar la exigencia, sobre todo en las Iglesias de la Reforma, de un retorno a la unidad, en la que se hacía viva la conciencia de que la división es fruto del pecado del hombre y de que, si

sólo el Señor puede dar la unidad de su Iglesia, esto no exime a ninguno del deber de llevar a cabo todo esfuerzo por superar los obstáculos que se interponen en su camino.

El papa Juan XXIII no era un revolucionario, ni siquiera un progresista. Su formación estaba sólidamente fundada en la tradición. Estaba todavía muy lejos de las afirmaciones de sus sucesores, y sobre todo de la declaración de disponibilidad a la revisión del ejercicio del primado papal de Juan Pablo II en la «*Ut unum sint*». En verdad sería un anacronismo pretender tales sensibilidades en este papa nacido en el siglo XIX. Sin embargo, no es pura hagiografía atribuirle aquel fundamental cambio de óptica en el modo de relacionarse con las otras experiencias eclesiales, que va de la rigidez en disputas teológicas polémicas e inútiles a la *búsqueda de lo que nos une en vez de lo que nos separa*.

Se ha hablado mucho del don de profecía que acompañó la larga experiencia, primero de sacerdote, luego de papa, de Angelo Giuseppe Roncalli. Profecía que se hizo concreta en la capacidad de leer los signos de los tiempos antes y mejor que muchos; profecía que hizo de un «papado de transición» un «papado de cambio». Cuando el 25 de enero de 1959, en san Pablo de Roma, el papa recién elegido hizo pública su decisión de convocar un Concilio ecuménico, los cardenales allí presentes quedaron perplejos. El Concilio ecuménico Vaticano I, votando el dogma de la infalibilidad papal, parecía haber hecho superflua la convocación de un Concilio; parecía haber vencido definitivamente el conciliarismo, que tanto debate había suscitado en la historia de la Iglesia.

Pero el mundo cambiaba con gran rapidez, las grandes ideologías ateas y materialistas del socialismo real y del capitalismo liberal eran las vencedoras reales del segundo conflicto mundial, y Juan XXIII, lejos de experimentar una adversidad irreductible hacia el mundo en el cual éstas se afirmaban, intuyó que la nueva realidad política no debía ser demonizada, sino cristianizada, con un procedimiento que no era nuevo en la Iglesia, la cual fue fundada no para odiar al mundo sino para llevarle la salvación de Cristo. Una salvación que no vive fuera de la historia analizándola fríamente y censurándola, sino que obra en la historia, juzgándola, sí, pero siempre partiendo de la caridad.

Convocar un Concilio fue un gran acto de amor hacia la humanidad entera, pero sobre todo hacia la propia Iglesia, llamada a reflexionar ante todo sobre sí misma, llamada no solamente a una renovación siempre necesaria, sino también invitada a abrirse al mundo, abrirse a los otros, a los hermanos separados, por una vez invitados no simplemente a «volver a Roma», sino considerados en su dignidad de cristianos, de bautizados, de Iglesia.

Es verdad que del ecumenismo se ocupó el Concilio en la segunda parte de su andadura, bajo un nuevo papa, Pablo VI, cardenal Montini, que había sido miembro activo del Concilio mismo. Pero es también verdad que en el discurso mismo de convocación, Juan XXIII puso la necesidad del diálogo ecuménico entre las prioridades de la Iglesia que el Concilio mismo debía afrontar.

«En un tiempo, además, en el que vemos cómo en diferentes partes del mundo se hacen más frecuentes los esfuerzos de muchos que con generosidad pretenden conseguir que se instaure entre todos los cristianos la unidad visible que responda dignamente a los deseos del divino Redentor, es muy natural que el próximo Concilio aclare los principios doctrinales y dé los ejemplos de amor fraterno que harán aun más vivo para los cristianos separados de esta Sede Apostólica el deseo de la misma unidad y proporcionarán el camino a seguir»².

Como se ve, aunque todavía teniendo como telón de fondo el concepto de retorno a la unidad como problema y responsabilidad de los hermanos separados (y no podía ser de otra manera en esta fase de toma conciencia), se pone en evidencia la necesidad, por parte de la Iglesia católica, de allanar el camino al retorno, en la caridad, y por tanto excluyendo rigideces y polémicas. Es largo el camino que separa estas afirmaciones de la «Ut unum sint», pero este discurso es el presupuesto necesario de ella.

En el discurso de apertura del Concilio, del 11 de octubre de 1962, Juan XXIII focaliza con dolor la necesidad para la Iglesia católica de trabajar por la unidad:

² *Concilio Ecuménico Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones*, (edc. bilingüe promovida por la Conferencia Episcopal Española), BAC (Madrid 1993) 1070.

«Por desgracia, toda la familia cristiana todavía no ha logrado plena y perfectamente esta unidad visible en la verdad. La Iglesia católica considera deber suyo el esforzarse diligentemente en realizar el gran misterio de la unidad por la que Jesucristo, poco antes de morir, oró ardientemente al Padre»³.

Las indicaciones que se derivan de estos discursos son fundamentales, porque sancionan la legitimidad de la búsqueda de vías para la unidad, la legitimidad del diálogo y de la investigación teológica en esta dirección. «*Buscar lo que nos une en vez de lo que nos divide*», esta frase atribuida a Juan XXIII indica una metodología nueva, una verdadera y propia «conversión» que va de la disputa al diálogo, del muro contra el muro, de la cerrazón ante las razones de los otros a la puesta en discusión de las propias actitudes. Son los raíles sobre los cuales marcharán los padres conciliares y el sucesor de Juan XXIII, lo que llevará a la supresión de la excomunión de los ortodoxos y reformados, a la abolición de la acusación de deicidio respecto a los judíos, a la declaración conjunta de luteranos y católicos sobre la justificación, a la profundización doctrinal; en fin, a descubrirse mucho más cercanos de cuanto se había percibido durante siglos.

Estos son los frutos de aquel cambio que el anciano Juan XXIII imprimió a la Iglesia católica. Ciertamente los tiempos estaban ya maduros, de muchas partes los mejores espíritus reclamaban una atención a los problemas de la unidad. No puede olvidarse que ya desde hacía veinte años el movimiento ecuménico había conducido al diálogo entre Iglesias de la Reforma y a la Ortodoxia, que personalidades como Congar, Danielou, y Henri de Lubac habían luchado mucho desde hacía tiempo y lo habían pagado en su misma persona, para que en la Iglesia católica se tomase en serio la exigencia de la unidad entre los cristianos y la búsqueda de un diálogo constructivo con el resto de la humanidad y con el mundo.

El papa Juan XXIII había recibido una formación tradicional. Su apostolado se había movido siempre en la prudencia, no se había destacado nunca por tomas de postura innovadoras, la obediencia y la humildad habían caracterizado siempre su actividad pastoral. Pero su gran sensibilidad

³ Ibid., 1096.

humana y su profunda espiritualidad le permitieron acoger las razones de los otros. Y justamente la escucha de las razones de los otros hizo que propusiera a la Iglesia a él confiada el método de ponerse junto al otro para buscar. Al Concilio fueron invitados los representantes de todas las Iglesias cristianas y muchos de ellos tomaron parte activa en él, puesto que, aun no pudiendo intervenir directamente en el debate conciliar participaron en frecuentes encuentros «*a latere*» del Concilio.

Ponerse a la escucha de los otros no quiere decir renunciar a la propia especificidad, al propio papel, y esto estuvo siempre claro para Juan XXIII. En sus discursos y en sus escritos no hay resto de irenismo, de confusión, de renuncia a la propia misión de guía de la cristiandad, sino la reafirmación del primado de la caridad como criterio que da forma a las relaciones entre los cristianos en el seno de Iglesia católica, en su relación con los otros cristianos y con todos los hombres.

Prof. Dr. SALVATORE MANNA, OP
*Istituto di Teologia ecumenico-patristica
greco-bizantina «San Nicola»
Bari (Italia)*